

La Vida Sobrenatural

REVISTA

El P. Arintero

Se ha dicho con razón que el P. Arintero no expone la doctrina de un hombre, ni la de una Orden religiosa, ni la de una escuela; que para él no había más que una mística: la que enseñó y en sí realizó N. S. Jesucristo y la que en el interior de las almas enseña el Espíritu Santo cada día. Esta nota de universalidad es, ciertamente, uno de los más atrayentes aspectos del P. Arintero. Pero, como religioso dominico que era y gran amante de su Orden, no cabe duda que la formación dominicana y tomista dejó una huella muy honda en su alma, orientándola reciamente hacia esa concepción de la unidad de la vida espiritual, toda ordenada a una contemplación mística e infusa y apostólica, que es la nota propia de la Orden de Predicadores, como reza su lema formulado por Santo Tomás: «*Contemplari et contemplata aliis tradere*». No cabe duda que el P. Arintero fué viviendo, cada vez con más intensidad, la teología tomista de la gracia eficaz y de la sobrenaturalidad esencial de las virtudes teologales y los dones, que lleva como de la mano hasta la más elevada mística ortodoxa; es indudable que esa formación tradicional fué la que preparó su espíritu para comprender la grandeza y la unidad del organismo sobrenatural, todo orientado hacia las cumbres de la Mística y de la santidad perfecta.

Malos vientos soplaban por entonces para la Mística tradicional y verdadera. Desde hacía tres siglos, como consecuencia de los errores quietistas de Molinos, muchos autores comenzaron a distinguir absolutamente la Ascética de la Mística. «Demasiado apresurados—dice el P. Arintero—para sistematizar, para establecer una doctrina que remediara abusos, declararon que la Ascética debe tratar de la vida cristiana ordinaria según las tres vías purgativa, iluminativa y unitiva. En cuanto a la Mística no debía tratar más que de las «gracias extraordinarias», en las cuales se hacía entrar no solamente las visiones y revelaciones privadas sino también la contemplación sobrenatural infusa, las purificaciones pasivas y la unión mística».

Estos autores distinguían, pues, una vida unitiva, llamada «ordinaria», que es la unión necesaria, según dicen, para la perfección, y una vida unitiva llamada «extraordinaria», que no se requiere, según ellos, para la gran santidad. De este modo la ascética ya no está ordenada a la mística y la perfección o unión ordinaria es normalmente *un término* y no una *disposición* para una unión más íntima y elevada. Por consiguiente, la mística no tiene importancia más que para algunos privilegiados muy raros; más vale ignorarla para evitar la presunción y la ilusión» (1).

Tales eran las doctrinas que imperaban acerca de la vida sobrenatural, cuando el P. Arintero, gracias al contacto que Dios le deparó con algunas almas perfectas, comenzó a vivir más y más intensamente esa espiritualidad dominicana, toda orientada a la contemplación que es, al fin y al cabo, la tradicional espiritualidad, la grande y anchurosa espiritualidad cristiana. Y a medida que la dirección espiritual le iba poniendo en más íntimo contacto con las almas, veía y palpaba, cada vez mejor, las consecuencias funestas de una doctri-

(1) P. Arintero: «*La verdadera mística tradicional*», p. 39.

na que les cerraba el camino de la verdadera unión con Dios, que las reducía a una vida espiritual mediocre, más conforme a la moralidad natural que a la altísima y sublime espiritualidad cristiana. Y comenzó entonces a preguntarse si esta desvitalización, si esa como anemia espiritual que aquejaba a los cristianos de su tiempo, cada vez más impotentes ante los avances de un naturalismo insolente y agresivo, que lo invadía todo, no provendrían, en última instancia, de esa concepción disminuida y mediocre de la vida espiritual; si esas doctrinas, que ponían coto a las elevaciones del alma, que les impedían vivir con plenitud el Evangelio de las bienaventuranzas, no serían la clave de la paganización, cada vez mayor, del mundo cristiano; y recordaba seguramente las profundísimas palabras del profeta de las Lamentaciones: «*Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde*». Desolada está la tierra por que no hay quien reflexione en su corazón.

Y es que no basta reflexionar con la cabeza, es preciso entrar en el mismo corazón, es decir, en el «*apex mentis*», en esa fina punta del alma de que nos hablan los místicos, que es lugar privilegiado para las operaciones misteriosas y sublimes del Espíritu de Dios, que elevan el alma hasta las cumbres.

El P. Arintero sufría hondamente, ante esta situación, con toda la intensidad de su gran amor a las almas y a la Iglesia. Por eso no vaciló en lanzarse a la lucha, en constituirse defensor de la espiritualidad tradicional, nuevo Nehemías con misión de reconstruir no ya el templo material de los hebreos sino la realidad por él significada, es decir, el templo vivo de las almas—morada de la Santísima Trinidad—donde el Espíritu de Dios obra maravillas sobrenaturales, infinitamente superiores a todas las de orden natural.

Amaba el P. Arintero con todas las fuerzas de su alma a esa Sabiduría mística, celestial, que sólo en las alturas de la Contemplación se alcanza, esa sabiduría

que con tan admirables expresiones han cantado los libros sapienciales: «La deseé y me fué dado el sentido; la invoqué y vino sobre mí el Espíritu de la Sabiduría, la cual antepuse a los reinos y a los tronos, teniendo las riquezas por nada en su comparación». Sabía que todos los cristianos, de una manera próxima o remota, están llamados a tan alto fin, en virtud de la misma gracia bautismal. Eso era, en efecto, lo que, inequívocamente, deducía de los testimonios de la Sagrada Escritura y de la más pura tradición espiritual. Eso era lo que le enseñaba la teología tomista acerca de los dones del Espíritu Santo y de la sobrenaturalidad esencial de la gracia santificante y la fe infusa, fundamento inquebrantable de la más elevada mística ortodoxa; y es que, en realidad, la fe tiene por objeto a Dios tal como es en Sí mismo, la vida íntima de Dios, que será también en el cielo el objeto de nuestra eterna bienaventuranza. Se trata, pues, de un objeto puro e inmediatamente divino, infinitamente superior a todo otro motivo accesible a la razón o a los sentidos. Por consiguiente, el alma sólo alcanza la plenitud de la vida de la fe en la contemplación infusa, cuando, movida según un modo divino por los dones de Sabiduría y Entendimiento, puede, por fin, abandonar el modo humano de la meditación ligada a la razón y a los sentidos. Sólo en la contemplación alcanza, pues, aquella fe pura y desnuda que, según San Juan de la Cruz, es el único medio próximo y proporcionado que puede unir el alma con Dios, aquella Noche de la fe desnuda, que ilumina el alma con más claros resplandores y llena de más inefables delicias que la luz del mediodía. Contemplación que no es, por lo tanto, otra cosa que la plenitud de nuestra fe, el preámbulo, el preludio de la visión del Cielo, que todo cristiano ha de alcanzar, o bien por su fidelidad en este mundo o bien, por su negligencia, a través de las purificaciones terribles del Purgatorio.

Tal era la convicción que el P. Arintero deseaba ar-

dientemente infundir en las almas religiosas y cristianas. Esa idea de la vida mística como término normal de la vida cristiana no fué, ciertamente, para él una tesis de escuela que había de probar con rigurosos argumentos. No fué propiamente el P. Arintero un teólogo especulativo; su obra no está en la línea de la pura ciencia teológica, del puro saber comunicable. Sus largos estudios en la Universidad civil le impidieron ahondar en la técnica de la Teología. Fué, más bien, un apóstol, un varón de deseos, sediento de la visión de la gloria de Dios, y, por lo tanto, de esa antesala de la visión, que es la contemplación infusa en este mundo. Su saber, todo ordenado a dirigir a las almas por las vías de unión con Dios, se movía, más bien, en esa zona intermedia donde el conocimiento nocional comienza a transformarse en un saber experimental difícilmente comunicable. Sus estudios biológicos le inclinaban, en efecto, a apoyarse siempre en la experiencia, en la experiencia ajena y en la propia. De ahí provienen, quizás, ciertas imprecisiones teológicas que pueden señalarse en su doctrina; pero es que el P. Arintero empleaba los vocablos no tanto según el rigor técnico y científico que tienen en la Escolástica cuanto según el valor práctico que tienen en los místicos para expresar de alguna manera sus experiencias inefables. Podría decirse del P. Arintero lo que aquel gran desconocido que se llamó Ernesto Hello decía de Ruysbroeck: «El fuego preside a todos los actos de su vida. Enseña y arde al mismo tiempo. Explica la naturaleza del fuego pero lo hace sin salir de la hoguera».

Así era, en efecto, de apasionado y ardiente el magisterio espiritual del P. Arintero. Fué el apóstol de la perfección consumada de la vida cristiana que sólo por la vida mística se alcanza; el gran apóstol de la plenitud del Evangelio, del Evangelio del Reino de Dios, porque el Reino de Dios en su más profunda realidad no es otra cosa que esta mística sabiduría de la Contem

plación, que esta vida de verdadera intimidad y unión con Dios. «Ella es, en efecto, la inestimable «margarita preciosa» de la parábola evangélica, el misterioso «*calculus novum*» en que está escrito el nombre del predestinado, el inapreciable maná escondido que se prometió a los vencedores (Ap. II, 17), el verdadero tesoro escondido en el campo de nuestros corazones por el cual hay que trocar todos los bienes (Mt. XIII, 44-45), el «*unum necessarium*», es decir, un bien indispensable para lograr nuestra verdadera perfección y para merecer la unión con Dios a que hemos sido destinados. «¿Por ventura Nuestro Señor no se dirige a todos al decir: «Si alguno tiene sed venga a Mí y beba y de su corazón fluirán ríos de agua viva?» «Dichoso el hombre—dice Bloisio—que llega a ver brotar del fondo de su alma la fuente de las aguas vivas, aunque para eso haya tenido que cavar y ahondar durante muchos años. ¡Qué extraño es que haya que llamar por largo tiempo antes de ser admitidos a su unión... Así es como llegaremos a lo que es el fin de todos los ejercicios, de todos los preceptos, de todas las Escrituras!»

No, no era, ciertamente, para el P. Arintero una cuestión más o menos ociosa, una mera diferencia de opiniones, lo que se agitaba en este asunto de la unidad de la vida espiritual, de la inanidad de la doble vía. Era nada menos que la economía íntima, las leyes fundamentales, la biología, por decirlo así, de la vida cristiana, la pureza y la integridad del Evangelio lo que estaba en juego. De ahí su ardor en el combate, la invencible tenacidad con que luchaba por restaurar la olvidada y auténtica doctrina espiritual, ese celo que le hacía arder como a San Pablo en el deseo de que Cristo se formase plenamente en las almas por una fidelidad cada vez mayor al Espíritu Santo y a sus dones; de ahí, también, ese apostólico afán que le hacía recorrer sin descanso los conventos de España para estimular en ellos la vida de contemplación y de oración, porque sa-

bía «que nada hay tan excelente, tan glorioso ni tan fructuoso en la Iglesia de Dios como la mística ciencia de los santos».

Lo que el P. Arintero por encima de todo miraba en las doctrinas de la doble vía era la mediocridad y la tibieza en que sumían a las almas. «Esos falsos maestros, solía repetir, en vez de conducir a las almas por las hermosas y pacíficas sendas de la sabiduría divina y la celestial prudencia, las llevan por donde, según sus pobres miras humanas, engañosas, bajas y rastreras, mejor les parece, apartándolas violentamente de los sublimes caminos de la vida». Ese naufragio de las almas, llamadas a los más altos grados de la unión con Dios, en la rutina y en la tibieza era lo que tan entrañablemente le dolía. Por eso no se cansaba de ponderar la grandeza incomparable de la vida mística, o sea del Evangelio de Cristo vivido en su plenitud, sin disminuciones ni falsas prudencias de la carne. Vivía como deslumbrado ante la dignidad y la grandeza de la sublime vocación cristiana y todo su afán consistía en comunicar algunos rayos de ese maravilloso esplendor. Fiel a la idea de su Orden, no le bastaba su propia contemplación, quiso ser apóstol de esa vida de oración y de contemplación, quiso comunicar ese tesoro a todas las almas, sobre todo a las más humildes y pequeñas que encontraba en los monasterios que sin descanso recorría. Sabía con Ernesto Hello que, fuera de la verdad, las ascensiones alejan a que sube de los que quedan en el llano, pero que las ascensiones de los grandes contemplativos ortodoxos no suben al país de la gloria sin hallar el amor en el corazón mismo de sus altas contemplaciones.

«Por encima de la razón el místico católico escucha, toca y siente lo que la razón no es capaz de ver, de escuchar, de tocar y de sentir. El misticismo, en efecto, domina a la razón y la transfigura».

«La locura—añade Hello—(1) es el puro error, la ra-

(1) Ernesto Hello «Rusbrock».

zón posee muchas verdades, pero el misticismo contiene la esencia de la verdad».

«Hay una sabiduría inferior que se atreve a usurpar el nombre de sabiduría porque es lo bastante limitada para no ver todo lo que le falta. La estrechez de su horizonte le hace el odioso don de estar contenta de sí misma».

«El misticismo es la otra sabiduría, la de lo alto, la que ve suficientemente lejos como para advertir que su vista es todavía corta. La grandeza de su contemplación es el espejo sin mancha donde ve su insuficiencia. La inmensidad de los lugares donde habita le hace el espléndido don del sagrado desdeñ de sí misma. Con este desdeñ aumenta su grandeza y con su grandeza aumenta su bondad».

Así fué la sabiduría del P. Arintero, restaurador de la ciencia que más importa al hombre, o sea la mística ciencia de los santos.

Por eso, en medio de la insuficiencia de ciertos medios naturales, en medio de su sordera, de su tosquedad, de su falta absoluta de elegancia, de artificio y de elocuencia humana, fué grande, con esa grandeza de los verdaderos sabios, de los verdaderos y entrañables amigos de Dios. Y porque grande, fué humilde, sencillo y bondadoso; hasta el punto de que sus mismos enemigos, al ver su radiante bondad, debieron confesar que era un cordero.

Maravillosa alianza ésta, que en el varón espiritual se advierte de la contemplación con la ternura, de la grandeza con la pequeñez y la humildad. Comentando estas palabras de Jeremías: «La hija de mi pueblo es cruel como el avestruz del desierto» dice San Bernardo, que el avestruz es cruel porque no vuela. «Esta magnífica asociación de ideas—dice Hello—puede extrañar al espíritu ligero; pero es evidente para el espíritu profundo. Y es que las alturas dulcifican el alma, la magnificencia la pacífica, la contemplación la llena de piedad, de bondad y de hermosura».

Así se elaboró, sin precisiones técnicas, sin preocupación alguna de sistematización científica, esta obra del P. Arintero, que es como un desbordamiento impetuoso y espontáneo de su corazón de contemplativo y de apóstol. Pero si no hay en esa obra una metódica organización de la Teología mística en un cuerpo coherente de doctrina, hay un riquísimo caudal de observaciones, de experiencias, de intuiciones; hay un conocimiento asombroso y penetrante de los sentidos espirituales, de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Santos Padres y los místicos; hay, en una palabra, una sólida y rica doctrina espiritual que al ser incorporada al organismo teológico tomista, como lo ha sido ya por los PP. Menéndez-Reigada, Garrigou-Lagrange, Joset, Lemonnyer y otros teólogos, ha mostrado su conformidad fundamental con los sólidos principios de Santo Tomás de Aquino, que es también el maestro por excelencia de la Teología Mística.

Fr. Mario Agustín Pinto, O. P.

Buenos Aires.
